

“be estar en armonía con el espíritu mismo de la nación, con sus hábitos y con sus aptitudes, con su historia, con las tradiciones mismas de su educación, de su lengua, de su literatura y de sus artes; en una palabra, con las formas y condiciones de la evolución nacional.”

Sin embargo este conjunto de tradiciones, de hábitos y de aptitudes que forman nuestra evolución nacional, si no exigen que tengamos en poco nuestra educación científica, sí piden que cultivemos con extensión y profundidad los estudios de literatura y de lengua patria. El curso de la primera de estas asignaturas se limita hoy á la parte preceptiva ó Retórica; para que fuera completo debería contener una breve síntesis de nuestra historia literaria y junto con ella algunas nociones de Estética y de Crítica. Iniciados los alumnos en estos conocimientos, se penetrarán de la elevada magistratura que corresponde desempeñar en la República de las Letras al que ha de ser juez de las producciones del ingenio, y desertarán de la escuela de Hermosilla, excelente preceptista, pero estrechísimo crítico que presumía fallar sobre el mérito de las producciones literarias, sin consultar más códigos que los de la Retórica y la Gramática, olvidando ciencias tan importantes como la Estética y la Psicología. De donde resultaron sus juicios tan superficiales, que no llegan nunca al meollo y substancia de la composición; sino que se detienen en su forma más externa, que es el lenguaje que en ella se usa.

Mas aun suponiendo que nuestros cursos literarios fueran completos, carecerían de la preparación indis-

pensable, sin el conocimiento de la literatura greco-latina. “De hecho, dice un gran pensador, las letras antiguas han sido las iniciadoras de las modernas en el arte, en la ciencia, en la vida cívica.” Maneuvrier ha tenido á este propósito una frase muy feliz: “Las literaturas modernas, dice, no tienen generación espontánea. Desde los griegos todo gran renacimiento literario ha procedido del contacto con otra gran literatura, principalmente con la antigua.”

Aun cuando mi principal intento, por ahora, es solamente poner de resalto la necesidad de estudiar la lengua latina, no puedo sostener su enseñanza sin defender asimismo la del griego, puesto que su causa es común, y aun algunas de las razones valaderas para el estudio del idioma latino, cobran mayor fuerza, cuando se trata de la lengua de Homero y de Demóstenes. Por lo que toca á los Romanos, se ha dicho que no han tenido más poesía propiamente suya que la que brota espontánea de su historia verdaderamente épica, ni más filosofía que la razón escrita de sus leyes. Pero aun cuando su literatura sea toda ella reflejo y eco de la griega, esto no empece para que la copia haya igualado y tal vez superado algunas veces al original, ni empece tampoco para que las letras latinas sean á un mismo tiempo antecedente histórico imprescindible de las castellanas, modelo acabado de belleza y acendrado gusto é inexhausto depósito de sabios preceptos que no han envejecido, ni es creíble que lleguen á envejecer.

De ello son clara prueba los libros de Oratore de Cicerón, en donde el autor habla de su arte con la elo-

cuencia casi sobrehumana que dió á su palabra inmortal fuerza irresistible. Pero no se crea que Cicerón ha reinado en el mundo de las inteligencias solamente como orador y como preceptista, sino también como divulgador de la filosofía que pone las altas concepciones de inteligencias superiores al alcance del vulgo, el cual recibe de sus labios raudales de sabiduría y de elocuencia.

“Cicerón, dice el profundo Menéndez Pelayo, ha in-
“fluído poderosamente en la general cultura humana,
“por el talento á tan pocos concedido de hacer sensi-
“ble y halagüeño lo abstracto, de sacar la filosofía de
“la escuela y traerla á la plaza y á la morada de los
“humanos. Sus ideas no son ni muchas, ni muy nue-
“vas; pero las fórmulas en que las ha encerrado tie-
“nen perpetuidad marmórea.” El mismo Cicerón de-
cía: “yo no he sacado mi elocuencia de las oficinas de
“los retóricos, sino de los jardines de la Academia.”

Como preceptista, sin duda ha sido más conocido y estudiado el autor de la carta á los Pisones. Excepto una ú otra regla arbitraria, aún hoy día subsiste y rige ese código de acendrado gusto en el cual falla Horacio sobre cuestiones literarias de alta trascendencia, entre ellas la hoy palpitante del arte por el arte que plantea en los siguientes exámetros:

*Aut prodesse volunt aut delectare poetae;
Aut simul et iucunda et idonea dicere vitæ,*

Y resuelve sumariamente en este otro verso:

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.

Fijando el justo medio entre ficciones absurdas, de-

lirios de imaginaciones calenturientas y un realismo nimio y excesivo como el de nuestros días, quiere que por una parte toda ficción se acerque á la verdad: *Ficta voluptatis causa sint proxima veris*, y que el poeta no pierda de vista lo que de verdad es la vida humana.

*“Respicere exemplar vitæ morumque iubebo”
“Doctum imitatore.”*

Pero ante todo recomienda que en las producciones literarias brillen siempre la unidad y la sencillez.

“Denique sit quod vis simplex duntaxat et unum.”

No consienten los límites de este discurso que haga yo el recuento de los deberes y derechos del escritor señalados en esta famosa epístola, ni tampoco es necesario repetir aquí lo que se halla en la memoria de todos.

Con Horacio ha compartido Quintiliano la enseñanza de los jóvenes escolares, y á ellos y á cuantos lo han estudiado, ha sido su lectura de gran provecho por su método de exposición, por el enlace de las doctrinas, por la síntesis que ofrece de ajenas enseñanzas, y además de todo esto por la elevación moral de los conceptos, lo depurado de su gusto y la elegante sencillez de su estilo.

Tan egregios escritores han contribuído á la educación estética de incontables generaciones, no sólo por lo que tienen de docentes sus obras, sino por la belleza peregrina de su forma.

Así como á Cicerón corresponde la realeza del genio entre los oradores, á Virgilio le pertenece entre los poetas. A ella le dan derecho indisputable su inspira-

ción soberana, la pureza y profundidad de sentimiento, la delicadeza de gusto y la sin par elegancia y transparencia de estilo.

No entra en el plan de este modesto Discurso hacer las consideraciones que serían del caso, si se hubiera de defender al poeta mantuano de la injusticia con que se le niega por algunos críticos el lauro de la originalidad. Pero permítaseme notar que sin la facultad creadora propia del genio, ni habría podido producir su admirable epopeya con sólo los mezquinos elementos que le proporcionaban vagas y confusas tradiciones, ni habría podido adelantarse á su época, revelándose según quieren entendidos críticos, poeta cristiano y *medioeval*.

Frary, censor acerbo, y en mi concepto injusto de los autores latinos, afirma que éstos conocían al hombre menos que los griegos, y nos invita á comparar el Eneas de Virgilio con el Aquiles de Homero. Si no me equivoco, Eneas siente, obra y habla de un modo enteramente humano; pero sin la rudeza de Aquiles y de los compañeros de éste, que proceden como bárbaros en quienes lo más admirable es la brutal fuerza física. En el protagonista de la Eneida, con el valor heroico y con la destreza en las armas se compadecen la piedad filial, el amor á su esposa Creusa y á su hijo Julo, y la paternal solicitud por sus socios y comilitones. Virgilio, pensando quizá que no bastaba tanta belleza moral para ennoblecer la figura de su héroe, hermosea también su cuerpo y nos le presenta como un dios, cuando deshecha la nube que lo rodeaba, aparece á los ojos de la reina Dido "resplandeciente en

"medio de una viva luz, semejante en su rostro y postura á un dios, porque su misma madre había infundido en su hermosa cabellera y en sus ojos el resplandor purpúreo y la alegre lozanía de la juventud; así la mano del artífice añade belleza al marfil ó engasta con amarillo oro la plata y la piedra de Paros." (a) Y yo me atreveré á decir, parodiando esta última frase: así el genio de Virgilio hermanó en su héroe la grandiosidad con la cultura y la belleza.

La monumental historia de Tito Livio tiene el interés y movimiento del drama y á veces también la grandeza y elevación de la epopeya. Sus arengas son modelo de elocuencia superior á todo encomio, como dijo Quintiliano.

Su narración, según el mismo crítico, es gratisima por la claridad, y ningún historiador es más conmovedor ni más patético que él.

Los libros que nos quedan de su obra inmortal, son á un mismo tiempo historia, drama y epopeya que han transmitido á la posteridad el alma del pueblo romano, tal como fué, con su grandeza y con sus vicios.

Hay en Tito Livio menos profundidad y quizá menos artificio dramático que en Tácito; en cambio su estilo tiene mayor brillo que el de César, el Gran Capitán cuya gloria militar y cuya importancia política, con ser tan grandes, no fueron parte á obscurecer en él al orador elocuente, émulo de Cicerón y de Hortensio, al escritor admirable y al puntual historiador. Su estilo diáfano como límpido cristal, se distingue por su no-

(a) Traducción de D. Eugenio Ochoa.

ble y elegante sencillez. La crítica moderna le ha comparado con Jenofonte.

Al hablar de los escritores latinos que más han influido en la educación de la posteridad, no es posible hacer caso omiso de Lucio Anneo Séneca el Filósofo, "uno de los principales educadores del mundo moderno y especialmente de la raza española," según piensa el Sr. Menéndez Pelayo.

Su severidad estoica y su moral enteramente desinteresada, nos lo presentan como uno de los antecesores, ó mejor diré, de los maestros de Kant, más bien caracterizados.

"Si me preguntas, dice, qué busco en la virtud, te declararé que nada, sino la virtud misma, porque nada hay mejor que ella, y ella es precio de sí propia."

Las consideraciones que acabo de hacer sobre los escritos de algunos próceres de la literatura latina y que en parte he tomado prestadas al insigne Menéndez Pelayo, someras como son, bastan para poner de manifiesto su influjo benéfico en la educación y cultura del espíritu humano. Iluminados estos escritores por la inspiración que viene de lo alto, son como cimas de elevadas montañas, doradas por los rayos del sol de la mañana; su luz casta y apacible ha llegado hasta nosotros al través de veinte siglos, y hoy todavía inunda nuestra inteligencia.

Los que conocen el valer inmenso de estos ingenios soberanos hasta hoy no superados, pueden aquilatar los frutos opimos que de sus obras hoy todavía recogemos, y llegar á las conclusiones prácticas que Julio Simón formula en estos términos:

"Es necesario educar á nuestros hijos para nuestro tiempo y para nuestra nación; pero es preciso no separar nuestro tiempo y nuestra nación de la tradición de las razas latinas y de la tradición humana. En la serie de los hechos históricos y en el desarrollo intelectual y moral de la humanidad, no puede ni debe haber abismos. La moral, como la poesía y la elocuencia, vienen de lejos; y será siempre cuerdo estudiar y admirar lo que el tiempo ha respetado, porque no respeta sino lo que es grande y verdadero; hay pues que conservar al griego y al latín el lugar que les concedemos todavía hoy, á reserva de enseñarlo de otra manera."

A los razonamientos hasta aquí hechos y condensados en parte en las palabras del egregio humanista que acabo de citar, pudiera replicarse que nadie niega la importancia de las literaturas clásicas, ni la necesidad de conocerlas; pero que esto no trae consigo la de aprender las lenguas griega y latina que han transmitido el pensamiento de la antigüedad á las edades siguientes; porque ese pensamiento ha sido interpretado con tal fidelidad, que las joyas literarias labradas por los artífices griegos y latinos forman ya parte integrante de las literaturas modernas.

A decir verdad, no me parece hacedero divorciar ninguna literatura del idioma que ha servido para revelarla. Me permitiré repetir lo que en otra ocasión he dicho (a) sobre el valor que tienen las traducciones. Por perfecta que sea una versión, nunca llegará

(a) Vease mi prólogo á "Murmurios de la Selva."

á donde ha alcanzado el original. "Los libros de ver-
"sos traducidos, decía Cervantes, nunca jamás llega-
"rán al punto que ellos tienen en su primer nacimien-
"to." Otro tanto puede afirmarse de las obras escritas
en prosa. Por perfecta que sea una traducción, entre
ella y el original habrá siempre la distancia infran-
queable que pone entre ambos la diversa índole de las
lenguas en que se han escrito. El castellano nunca po-
drá tener la concisión, la energía y la libertad en su
sintaxis que una lengua de flexión, tan sintética como
la latina.

Casi siempre la perífrasis de la traducción castella-
na ofrecerá desleído y desvirtuado el pensamiento del
autor. Tómense luego en cuenta las diferencias psico-
lógicas que resultan de la diversidad de talentos, in-
clinaciones, gustos y aptitudes que forzosamente sepa-
ran de su intérprete al autor de la obra.

El poeta necesita ser interpretado por otro poeta y
el genio por otro genio; y aun así, el alma del segundo
no es el alma del primero, ni los estilos llegan nunca
á identificarse.

Se ha discutido, si los poemas han de ser traducidos
en prosa ó en verso; pero ya se adopte una ú otra for-
ma, siempre la versión quedará más ó menos distante
del original.

Cierto es que la prosa permanece más fiel al pensa-
miento, porque arrimándose á la letra más de lo que
puede acercarse el verso, conserva mejor la substancia
del original; al paso que el verso sacrifica á las exi-
gencias del metro algunas ideas y presta al autor otras
que nunca estuvieron en su mente; en cambio la ver-

sión hecha en prosa, pierde la forma externa que con-
siste en la dicción y estilo, en la cadencia y ritmo pro-
pios de la poesía, y aun también deben desaparecer
de ella imágenes que por lo risueñas desdican de su
austeridad. Resta ahora que consideremos las versio-
nes literales y las parafrásticas, las cuales adoptando
procedimientos opuestos, se alejan igualmente de la
producción traducida. En las versiones literales, el
traductor no se aparta un punto de la significación li-
teral de cada palabra, porque su intento no es revelar
bellezas literarias, sino enseñar cuál es la correspon-
dencia entre los vocablos, giros y modismos griegos y
latinos, y los de la lengua vernácula. Cuando se tra-
duce de esta suerte, suele suceder que desaparece el
pensamiento intentado por el autor, verificándose aque-
llo de que *summa fides summa est infidelitas*. Tales ver-
siones, por lo mismo, no son las más á propósito para
dar á conocer ni al autor original ni á su obra; pero
sí deparan al principiante, íntimo conocimiento del
vocabulario y de la gramática de la lengua de donde
se hace el traslado.

Por lo que toca á las versiones parafrásticas, deben
mirarse más bien como imitaciones que tienden á ex-
presar los pensamientos principales del original, pres-
cindiendo de los secundarios; mas para ser buenas, han
de reproducir las bellezas de estilo y dicción, hasta
donde lo consienten las afinidades de una y otra len-
gua. En tales versiones, el poeta se mueve con mayor
libertad; pero por esto mismo se aleja del fin intenta-
do en toda traducción.

Ésta será siempre un velo más ó menos denso que